

Parque Lennon, Revolution number nine number nine number nine



En un parque de la barriada del Vedado hay una estatua que vienen a ver cientos de gentes diariamente, sobre todo turistas, que se sientan junto a John Lennon para tomarse fotos. Es una estatua vigilada día y noche por un guardián, porque desde que fue puesta allí la figura del músico miope una y otra vez le robaban los lentes, por muy bien soldados que los fijara el escultor en cada ocasión. Una y otra vez desaparecían.

En realidad no era un acto tan raro. Desde que comenzó la beatlemania Lennon estuvo acosado siempre por todo tipo de fanáticos. Uno de ellos, Chapman, demente, con la novela *El guardián en el trigal* de Salinger en una mano, vació sobre él el revólver que tenía en la otra.

Ahora el guardia, en cuanto ve que alguien quiere tomarse una foto, se apresura a ponerle unos horribles lentes dorados que quién sabe de dónde sacó. Después de la foto, se los quita y los vuelve a guardar.

Precisamente en estos días se ha estrenado en el teatro El Sótano una obra en la que un rockero fanático se roba, no los lentes, sino la estatua completa, y se la lleva para su cuarto-garaje con el propósito de ofrecerle un concierto.

Melancólico homenaje a una época en la que a nadie se le hubiera ocurrido pensar que el mismo gobierno que en los 60 lo condenaba por capitalista decadente, cuarenta años después ensalzara a Lennon nada menos que por ser soñador de un *mundo único* en el que no hubiera razones para matar ni para morir.

Vueltas que da la vida. Ni siquiera sentado y en silencio, congelado en bronce, tiene paz el primer beatle. Y ya no puede protestar. En todo caso pudiera envidiar la suerte de otro muerto ilustre, pero ignorado, cuyo busto se alza sobre un pedestal cerca de él. Ignorado absolutamente a pesar de que el sobrio monumento haya sido erigido hace más de medio siglo. Ni siquiera el nombre puede decirle mucho al caminante que se



detenga a mirar la inscripción.

Pero Fernando Suárez Núñez fue el fundador de la primera logia AJEF (Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad), en 1936, en La Habana, cuando la masonería cubana, debilitada por la caída de sus mejores hombres en la revolución contra Machado y por el triunfo del nuevo dictador, Fulgencio Batista —mientras en Europa se imponían Hitler y Mussolini— decidió retirarse de la lucha activa y preparar a la juventud como continuadora de los ideales de libertad, justicia y fraternidad universales.

Haga hombres quien quiera hacer pueblos, había dicho José Martí, a quien los masones consideraban Venerable Hermano, y dos años después ya el Ajefismo contaba con más de cinco mil miembros, e incluso, en 1939, llegaba a México llevado por Martín Dihigo, el mayor de los ídolos del béisbol en su tiempo. En la siguiente década se extendió por el gran país y la primera logia AJEF que se fundó en el Distrito Federal recibió por nombre “Fernando Suárez Núñez”.



Aquel hombre había sido un humilde herrero de Guanajay y su Asociación no era propiamente masónica, sino sólo un sistema práctico de educación moral, una preparación para la vida en su sentido más fraternalmente humano, más allá de toda creencia religiosa o política, con el propósito pedagógico esencial no tanto de enseñar los conocimientos como de enseñar a aprenderlos.

El Ajefismo devino cimiento de la Gran Logia de Cuba y su fundador recibió incontables reconocimientos por su labor formadora en Cuba, Estados Unidos y en varios países de Latinoamérica y Europa, antes de morir en La Habana en enero de 1946.

Nadie se toma hoy una foto a su lado. Nadie se detiene siquiera a mirar ese rostro de bronce que no significa nada. Hasta los políticos lo ignoran. No hace falta un guardia que lo proteja. Y suena terrible, pero ni siquiera es extranjero.

